

“MIENTRAS TODOS PONÍAN LA PLATA EN PLAZOS FIJOS, YO INVERTÍA EN MATERIA PRIMA”.

Jorge Monti e hijas

Los orígenes

Nací en Buenos Aires un 2 de agosto de 1943. Fui el mayor de los tres hijos que tuvieron mis padres, José y Concepción, ambos de ascendencia italiana.

Cuando yo sólo tenía dos meses, nos mudamos a Mar del Plata, donde mi padre, junto a mi abuelo y mi tío, formaron una empresa constructora.

La mía fue una infancia de clase media; empecé a trabajar ya en mi adolescencia. A los catorce años, trabajaba durante los veranos en una fábrica de cerámica.



Interior de la planta de Zinterco.



Frente de la planta de galvanizado de Zinterco. Año 2016.

Como me gustaba la química, decidí cursar la secundaria en la escuela industrial N°1 Domingo F. Sarmiento. Me recibí con el título de electrotécnico.

En el último año, la profesora de inglés nos comentó que su marido, propietario de Industrias Brieva, necesitaba operarios para cubrir medio turno. Era una fábrica de limpiaparabrisas subsidiaria de General Motors. Así que conseguí trabajo armando esos implementos.

En Industrias Brieva descubrí que no había talleres de galvanizado en Mar del Plata. La fábrica tenía que mandar a galvanizar a Buenos Aires, con los costos y tiempo que eso implicaba. Con mis conocimientos en electroquímica, me propuse ofrecer zincado en Mar del Plata. Armé un rectificador de corriente y los elementos necesarios para empezar a galvanizar.

En aquel tiempo, me puse de novio con Erima, que vivía en Catamarca. Pedí una semana de licencia para visitarla a su provincia. No me la dieron. Me fui igual. Me suspendieron por otra semana.

Esa bronca fue el catalizador para empezar mi primer negocio.

Durante la semana de suspensión, armé un pequeño taller en el garaje de mis padres y me dispuse a dar un salto hacia mi independencia económica y laboral. Corría 1965.

Un operario realizando tareas de galvanizado.



Los comienzos como emprendedor

Utilicé, como primera batea, un cajón de manzanas plastificado. Hice mi primer trabajo para una bulonera.

Luego de la jornada laboral, me llevaba las piezas de Brieva a mi casa en bicicleta y las devolvía galvanizadas al día siguiente.

Antes de terminar el primer mes, pasé del rectificador de 150 amperios a uno de 300 amperios, y del cajón de manzanas a una batea de 1,50 metros.

No pasó mucho tiempo hasta que conseguí suficiente trabajo como para renunciar a la fábrica. Yo quería ser autónomo a toda costa. Mi ex empleador



Analía y Andrea Monti en las oficinas de la empresa.

me daba trabajo. Otro cliente importante en mis primeros tiempos era Eskabe. Yo galvanizaba sus tubos de salida lateral para los calefactores.

Haciendo industria

En 1974, construí un galpón de unos 100m² sobre la calle Elcano. Y así fui superando las distintas crisis que me puso el país por delante.

A lo largo de los años, abrieron unos quince talleres de galvanizado en Mar del Plata. Así como abrían, se cerraban al cabo de un par de años. Yo subsistía. Es que siempre fui muy cuidadoso con las finanzas.

Mientras todos ponían la plata en plazos fijos, yo invertía en materia prima. Todas las crisis siempre me tomaron con suficiente stock como para poder continuar con la producción.

En el '83, hipotequé mi casa y el galpón, y prendé mi rastrojero modelo '79 y mi Renault 12, y solicité cuatro créditos a sola firma. Me jugué todo por el crecimiento de la empresa.

Erima y Jorge Monti.



Fui de los primeros en usar pintura epoxi en polvo. Alba, la empresa que la estaba impulsando en el país, me mandaba fletes gratis desde Buenos Aires. Nadie más usaba epoxi en polvo en Mar del Plata.

Trabajábamos muchas horas, en este proyecto de familia. También participaban Erima y nuestras hijas. Ellas me ayudaban a pintar. A veces, nos quedábamos procesando piezas hasta la madrugada.

En aquella época, la empresa adquirió el nombre de Zinterco, por zincado y revestimiento termoconvertible color.

Un nuevo rubro

La crisis de 2001 fue dura. Aunque, como siempre, me tomó con stock de materia prima. Estábamos en economía de guerra.



La familia Monti: Jorgelina, Analía, Jorge, Erima, Gabriela, Claudia y Andrea.

Tuve que despedir a un empleado con una antigüedad de veinticinco años. Lo indemniqué con una camioneta. Aunque pude haber acordado por menos, aquello al menos le iba a servir para sobrevivir como fletero en un panorama económico muy duro. Siempre me preocupé mucho por la gente.

En 2004, comencé a fabricar exhibidores para la firma Pehuamar. El galvanizado ya no alcanzaba. Hicimos más de diez mil unidades con doce operarios en dos turnos. Llegaba a la fábrica a las cinco de la mañana y me iba a las diez de la noche.

Después, Pehuamar fue vendida y se terminó la fabricación de exhibidores.

La empresa, hoy

Actualmente, trabajamos en un espacio de 400m² con un plantel de seis empleados y buena tecnología. Usamos bateas de casi diez mil litros de capacidad para baño de zincado y dos rectificadores de mil y tres mil amperios.

En Mar del Plata, tenemos un clima salino. Mientras otros galvanizaban por tres minutos, nosotros lo hacíamos durante media hora. La gente decía que éramos caros. Pero, a la larga, nuestro galvanizado era el único que duraba. Ese plus en la calidad nos dio fama y nos trajo clientes.

Con Erima, tenemos cinco hijas: Andrea, Jorgelina, Claudia, Gabriela y Analía.

Andrea y Analía son las que manejan actualmente la empresa. Yo ya prácticamente me retiré. Tras muchos años de trabajo, decidí dejarles el lugar a ellas. Hoy me siento orgulloso de cómo llevan la empresa. Le dieron un nuevo impulso.

Andrea: Aunque mantenemos el nombre comercial Zinterco, cambiamos la razón social a Doble Impacto S.A. El nuevo nombre parte de los dos procesos que realizamos: galvanizado y pintura.

Ahora, además del galvanizado, también estamos por incorporar metalizado, ampliando para ello la superficie cubierta a 800 m².

Pero Doble Impacto se refiere también a que somos dos mujeres al frente de un taller metalúrgico. A muchos clientes, eso los dejaba impactados.

Analía: Yo entré en el 2009, en un rubro completamente nuevo para mí. Tuve que ponerme a estudiar electroquímica y los diferentes procesos. Me gusta estar en la empresa, pero sin privarme de disfrutar, educar y acompañar a mi hija Estefanía, de siete años, en su crecimiento.

Andrea: Yo tengo dos hijos: Juan Cruz, de diecinueve años, y Nahíara, de doce. A mí me pasa lo mismo; quiero seguir de cerca a la nena, que todavía es chica. Por eso, con mi hermana trabajamos medio día cada una en horarios cruzados, para no descuidar nada.

El legado

Jorge: Ahora que mis hijas están a cargo de la empresa, ya puedo empezar a tomar las vacaciones pendientes. Me gusta viajar por el país, hacer esculturas y dibujar. Lo hacía de joven, pero tuve que dejarlo. No se puede alimentar a cinco hijas con el arte. También disfruto de nuestros siete nietos.

Me da gran alegría ver que la empresa tiene continuidad después de tantos años de esfuerzo, y que mis hijas son las continuadoras del trabajo ético y de calidad que yo inicié.